



Diccionario práctico

Del existir al vivir

El realismo existencial destaca en primer término la sorpresa ante el mero hecho de existir. Éste es el principal acento que intenta marcar repetidamente hasta lograr singularizarlo y que pensemos acerca de ello, desvinculándolo por un momento de las características determinadas que adopta cada ser en concreto y de las condiciones que acompañan su existencia.

Eso es importante metodológicamente para ser capaces de distinguir el lugar donde radican los conflictos que a veces sentimos con respecto a nuestra vida concreta. Y lo es, sobre todo, para constatar que, a pesar de los límites que podamos sentir, ello no es obstáculo para vivenciar la alegría por el hecho de existir. De hecho, Alfredo Rubio advierte que debe tenerse una prevención: «que la alegría de «estar» no me torne tan ebrio que me olvide, por el hecho de vivir, que podía no haber sido». ¹ Parece deducirse de dicha afirmación que las condiciones que definen la vida concreta que disfrutamos pueden, en un momento determinado, embriagarnos, de tal modo que nos quiten la lucidez necesaria acerca de lo relativo a nuestra existencia.

En cambio, desde estas premisa, podemos abordar adecuadamente cada una de esas cuestiones concretas que nos pesan para, ahora, valorarlas en su justa medida dentro del marco de la alegría de encontrarnos existiendo pudiendo no haber existido.

Nuestra existencia se concreta, necesariamente, en una vida determinada. Ése es el foco sobre el que podemos actuar, y donde tiene sentido hacerlo pues es ahí donde radican los motivos tanto de muchos de nuestros enfados y desasosiegos como de las experiencias de gozo que somos capaces de detallar. Distinguir entre existir y vivir, más allá de disputas metafísicas y terminológicas, puede ayudarnos a identificar dónde está el área de trabajo que nos corresponde cultivar. □

El tema

Mi vida y la vida con los otros

«**M**i vida sin mí» es el sugerente título de una película de la cineasta Isabel Coixet. La protagonista, una mujer joven, felizmente aparejada, y madre de dos hijos pequeños, recibe la noticia de que sufre una enfermedad terminal. Desde ese momento, centra sus energías en disfrutar de las pequeñas cosas de esa vida que cesará pronto y en «preparar», si así puede decirse, cómo las personas que de su vida van a seguir viviendo tras su muerte.

Ahí vemos claramente la gran diferencia entre hablar de un ser que existe o de una persona concreta que vive una vida determinada. En los procesos de reflexión, como veíamos en la columna paralela, a veces conviene distinguir lo que, en la realidad, se da junto. Podemos reflexionar acerca de la existencia; incluso con una reflexión sentiente, llegar a sentirla de algún modo por sí sola. Pero lo cierto es que no podemos seccionarla de la vida en la que dicha existencia se concreta.

No es lo mismo «ser algo», que «ser yo», que «ser Fulanito». Primigeniamente soy un ser, soy algo que puedo llegar a definir como un ser humano. Ésa es la afirmación más básica de todas las posibles; la que se realiza en base simplemente a la existencia. «Soy algo que antes ni era.» ² Llegar a tal afirmación precisa de cierto grado de abstracción en nuestra reflexión para ser capaces de prescindir de muchas condiciones y centrarnos en lo nuclear.

Ser yo, añade a ello unos matices de identidad y particularidad muy diferentes. Para mí es claro que soy «yo» y, aunque me soy lo más inmediato, forma parte de la aventura de toda una vida el irse conociendo a uno mismo. Pero hasta cuando no me sé explicar ni a los otros ni a mí mismo, sigo siendo «yo».

Y ser *Fulanito* añade la dimensión social: el nombre me relaciona con los demás. Soy un yo conviviente con otros yo, así que nos nominamos para distinguirnos. A veces, con algunos de nuestros *otros* más cercanos, volverá a bastar con ser yo, pero socialmente no podremos renunciar a nuestro nombre. Tanto ser yo como ser *Fulanito* entran en el ámbito de la vida porque implican las concreciones que definen nuestra existencia.

Asimismo, y al hilo de la columna adyacente, añadir al existir y al vivir la partícula «co-» devela la dimensión social. Así, la coexistencia de diversos seres implica su coincidencia en el tiempo y en un espacio relativo puesto que no tiene por qué implicar inmediatez física. Coexistimos con todos los seres que existen en el presente, allá donde se encuentren. Ello implica ya un grado de relación. Hablamos de fraternidad óptica o

hermandad existencial. Compartimos el regalo de encontrarnos existiendo. Ésa es la mínima base para desarrollar la solidaridad.

Pero aspiramos a más. Aspiramos a convivir con los otros cercanos con quienes coexistimos, lo que implica una comunicación mucho más vital. Convivimos con aquéllos con cuyas vidas nos interseccionamos. Ellos configuran parte de nuestra vida y nosotros de la suya. La coexistencia puede despertar la solidaridad; y la convivencia aspira a la amistad. En nuestra reflexión, partimos del coexistir para poder plantear adecuadamente la convivencia. En ella deberán trabajarse los aspectos que nos complican la vida así como disfrutar de los que nos la hacen sabrosa. Casi no tenemos más remedio que coexistir, pero nuestra libertad nos impele a intentar convivir. □

¹ Rubio, A., 22 historias clínicas —progresivas— de realismo existencial. Edimurtra: Barcelona, p. 25.

² Ibidem.

PLIEGO · REALISMO EXISTENCIAL PARA TODOS
sección a cargo de **Natalia PLÁ**
Doctora en Filosofía
SALAMANCA

Lo bueno, si breve...

ANA M. OLLE

«Y esta gente [...] tratan de vivir lo más posible feliz y hacer felices a «los otros», a los que quieren en esta sorpresa y maravilla de existir, y encuentran ya en ello mismo la evidente finalidad intrínseca del vivir.»

(Glosa de antropología realista existencial.
RE, n. 41, diciembre 1997, p. 33)